

UN MEREcido DESCANSO

Un gran alboroto reinaba en la sala de monitorización. Todo el mundo estaba pendiente del recinto donde se llevaba a cabo el experimento, observando a través del cristal el desplome del robot. Algunos técnicos consultaban frenéticamente los terminales repletos de datos; otros, recorrían los eternos listados que no terminaban de ser impresos, tratando de buscar una explicación a lo sucedido.

- ¡Nada! He revisado los análisis realizados por el robot y no encuentro ningún valor anómalo que se corresponda con la situación actual del sujeto -el responsable médico empezaba a mostrar su propia angustia.

- La situación no se nos va a ir de las manos –más fríamente, el ingeniero jefe trataba de calmar los ánimos-. El cerebro del robot ha iniciado la secuencia de desconexión.

- ¡No lo entiendo! Tenemos que haber pasado por alto algún síntoma; creo que debe tratarse de alguna extraña enfermedad. ¡No es posible! Hemos revisado toda la anatomía del sujeto, sin encontrar ninguna señal visible; la exploración del individuo que ha llevado a cabo el robot es precisa y minuciosa. ¡No lo entiendo!

- Por favor, retiren el robot del recinto y avisen al personal especializado para que se encargue del sujeto y procure calmarlo –la cara de John Brennan, director asociado de US Robots, expresaba la desesperada situación de su proyecto.

La sala del consejo estaba, como pocas veces, llena a rebosar. John Brennan explicaba a su invitada, ante la atenta mirada de todo su equipo, la crítica situación en la que se encontraban.

- Hemos dedicado mucho tiempo, mucho esfuerzo a este prototipo. Hasta el momento, todo parecía marchar perfectamente; se cumplían los plazos y la compañía estaba apoyando con una fe ciega un proyecto que no destaca precisamente por su futura rentabilidad económica. Como puede comprender, hay un interés especial y, estará de acuerdo con esta apreciación, puede representar un empujón definitivo para la industria robótica fuera del ámbito estrictamente laboral.

- Una iniciativa así, a pesar de las dificultades que entraña, podría facilitar mucho la integración de los robots en la sociedad –asintió la doctora Calvin.

En efecto, la invitada a la multitudinaria reunión no era otra que la doctora Susan Calvin. Aunque la situación se había restablecido y ya no existía peligro alguno, nada más conocerse el resultado del experimento, John Brennan había solicitado su presencia. A pesar de encontrarse disfrutando de su jubilación, la doctora Calvin había emprendido el viaje de inmediato. Desde que dejó su puesto en US Robots, no se habían producido incidentes destacables, como los que la encumbraron en su profesión.

- Por supuesto, por supuesto. Hemos reunido a los mejores equipos de trabajo en las diferentes disciplinas. Hemos contratado a los ingenieros biomecánicos más brillantes, que han diseñado los componentes antropomórficos más realistas construidos hasta la fecha; en este momento, resulta realmente complicado distinguirlos, ya que pasarían perfectamente por humanos, si no fuera por la placa de identificación. Además, hemos traído a médicos eminentes en sus diferentes especialidades; han estado trabajando hombro con hombro junto a nuestros mejores robotistas para diseñar el cerebro positrónico más complejo y minucioso que se conoce dentro de este campo.

Y, a pesar de todo el dinero que llevamos invertido en este prototipo, el resultado de la última prueba efectuada no ha podido ser más desastroso. El robot inició su proceso de desconexión en menos de cinco minutos; es probable, que su red neuronal haya quedado irrecuperable. Estamos seguros de que no ha llegado a producirse un colapso por conflicto entre las leyes robóticas; parece, más bien, que ha agotado todas las vías de razonamiento posibles y no es capaz de encontrar una solución, teniendo en cuenta la criticidad de la situación.

- ¿Qué ha estado haciendo el equipo de robopsicólogos? –el tono inquisitivo de la doctora iba dirigido al propio director-. Por lo que he podido ver en la memoria técnica del proyecto y dada la escrupulosidad con que debe ejecutarse el experimento, el refuerzo de la primera ley puede desembocar rápidamente en un conflicto. Han tenido suerte de que el dispositivo de protección del robot se disparara tan pronto. Yo no estoy tan segura de que la situación no le hubiese podido provocar un daño irreparable al sujeto por culpa de su falta de previsión.

- Por eso mismo hemos pensado en recurrir a usted, doctora Calvin, ya que tememos por el futuro del proyecto y estamos convencidos de que la causa de todo radica en una disfunción psicológica. En ese terreno, queremos aprovechar su experiencia para que nos ayude a encontrar el origen del problema; anteriormente ha demostrado que comprende a los robots como nadie más y pensamos que es la única persona que puede resolver este misterio. Ponemos a su disposición al personal del proyecto al completo; se encuentran todos un poco ansiosos, ya que consideran prioritario resolver este problema antes de poder realizar otra prueba con un sujeto real. Mucho me temo que, si no hayamos rápidamente la respuesta, una insuperable desmotivación inundará a todos los miembros del equipo.

- Creo que sobreestima mi capacidad de comprensión de los robots y, siempre que se ha producido un caso similar, ha sido dentro de mis propias investigaciones. Desconozco todos los detalles de su proyecto y, por lo que dice, no contamos con mucho tiempo.

La doctora Calvin revisaba minuciosamente los informes del personal encargado del experimento. No había ningún detalle revelador. A pesar de la breve duración del mismo, no encontró ningún dato que le sirviera de pista. Arqueó las cejas y, con un pequeño suspiro, se puso a estudiar el detalle de la información que habían extraído del cerebro positrónico. Aquella iba a ser una tarea ardua y, a juzgar por el informe humano, tendría que estudiar detenidamente qué dato se les había pasado por alto al resto y podría revelarles el origen del problema.

Cinco horas después se desconectaba del terminal, frotándose los ojos, pensando que necesitaba un café. Bien cargado. Entre el viaje, la charla posterior con el desesperado director del proyecto y el tiempo dedicado a todos los informes del experimento, empezaba a tener claros síntomas de cansancio y una dosis de cafeína le ayudaría, por lo menos, a mantenerse despierta. En cualquier caso, aquello se estaba convirtiendo en un difícil rompecabezas y empezaba a temer que llegara a quitarle el sueño. No podría rendir.

Seguía dándole vueltas a todo lo que había pasado ante sus ojos hasta el momento, con el mismo ritmo frenético con que removía el azúcar. Cuando se llevó a la boca la cucharilla, se sobresaltó y estalló en una súbita carcajada que a punto estuvo de derramar el café junto a la máquina dispensadora. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

Salió corriendo hacia el despacho que había estado utilizando hasta ese momento y conectó rápidamente el terminal. Aunque el experimento había durado apenas cinco minutos, la grabación de video de la sala tenía que proporcionarle la clave que estaba buscando. Puso en marcha la reproducción y, enseguida, volvió a apagar el terminal. No podía ser de otra forma.

- No se preocupe, señor Brennan –la doctora Calvin comenzó su explicación, con un tono entre aliviado y sarcástico-, en realidad, los miembros de su equipo de trabajo necesitan unas merecidas vacaciones.

- ¿Qué quiere insinuar, doctora? Vaya al grano, por favor. Está en peligro un proyecto millonario y, como puede usted comprender, no creo que los nervios de todo el personal puedan soportar ninguna broma.

- Está bien. En realidad, toda la operación del cambio de pañales se llevó a cabo perfectamente. El robot obedeció con rigor, yo diría que hasta mimosamente, las órdenes pormenorizadas para desvestir, limpiar y volver a vestir al bebé. Sin embargo, tanto el robot, como todos sus empleados y usted mismo, han pasado por alto un pequeño detalle. Y ese detalle es el que hizo que el niño estallara en un llanto que ha desequilibrado al robot. Al levantarlo para quitarle el pantaloncito, se le cayó el chupete. Y no hay nada más inconsolable que un bebé cuando pierde su chupete.

Muchas veces, en situaciones críticas, no solo nos desborda la magnitud de los acontecimientos. ¿Acaso puede la mente más preclara llegar a entender el hecho más trivial?

FIN